

ESCENA TERCERA



YOLANDA y GINEBRA

YOLANDA

(Sollozando, con la cabeza oculta entre las manos febriles de inquietud).

¡Madre, quién pudiera  
bajo la enramada,  
á los caminantes  
que sedientos pasan,  
ofrecer la trémula  
frescura del agua!

GINEBRA

(Alzándole la frente y  
besándosela, profunda-  
mente conmovida.)

¡Mas ellos, en pago,  
quizás te dejen  
esa sed eterna  
que nunca se sacia!...  
¡Porque así es la vida,  
y siempre nos pagan  
las monedas buenas  
con monedas falsas!

YOLANDA

(Con la frente apoyada  
en el seno materno.)

¡Madre, madre mía!  
¿Por qué la desgracia  
mi cuerpo á la tierra  
como un árbol ata,  
cuando el alma libre

su vuelo levanta  
al azul del cielo,  
que no en vano al alma,  
igual que á las aves  
la pintan con alas?  
¿No habrá en esos montes,  
mi madre, una planta  
de esas que son bálsamos  
que todo lo sanan?  
¿Ni la primavera  
me dará su savia,  
como se la ha dado  
á las secas ramas  
que hoy llenas de flores  
el aire embalsaman?  
¡Jesús, madre mía,  
¿ya no se disfraza  
de viejo romero,  
y en las noches llama  
á las puertas donde  
gime la desgracia,  
y consuela al triste

y al enfermo salva  
sólo con la sombra  
de sus manos blancas?

(La madre y la hija se  
estrechan en un abrazo  
doloroso.)

¡Si hiciera un milagro  
la Virgen!... Descalza  
subiera á la ermita  
que está en la montaña,  
aunque los guijarros  
me despedazaran!...

GINEBRA

(Serenamente.)

La vida es destierro  
donde Dios nos manda  
para que purguemos  
en él nuestras faltas.

YOLANDA

(Tendiendo los brazos al  
cielo, en un movimiento de  
protesta.)

¿En qué te ha ofendido,  
mi Señor, tu esclava,  
si sus quince abriles,  
quince rosas blancas,  
sobre los altares  
deshojó á tus plantas?

(Se vuelve ansiosa á la  
madre, que la contempla  
con tristeza, haciendo es-  
fuerzos inauditos para  
ocultar sus lágrimas.)

¿No hay sabios que puedan  
curar mi desgracia?...  
¡Si hay alguno, búscale,  
y traémele para  
que me salve el cuerpo  
ó me mate el alma!...

(Rompe á llorar.)

GINEBRA

(Tomándole las manos.)

¡Por ir á buscarlos,  
todas las estradas

del mundo, de sangre  
 tuvieron mis plantas!  
 ¿No te vió el anciano  
 monje que curaba  
 hasta los leprosos  
 que aullando de rabia,  
 al sol, en sus cuevas,  
 se rascan sus llagas?  
 ¿No vino á curarte  
 Godomar, la anciana  
 que tiene en el monte  
 renombre de santa,  
 la que á los que muerden  
 las víboras sana,  
 y ahuyenta á los lobos  
 con una palabra?  
 ¡Por buscar remedios,  
 por calmar tus ansias,  
 pidiendo limosna  
 fuí de casa en casa,  
 como esas mendigas  
 viejas que apoyadas

en largos bordones  
 por las sendas pasan,  
 y á cuyos harapos  
 los mastines ladran!

YOLANDA

(Con acento desesperado.)

¡Madre, madre mía,  
 si no hay esperanza,  
 ¿por qué, Dios clemente,  
 mi penas no acaba?  
 ¡Estoy, madre mía,  
 en vida enterrada!...

GINEBRA

(Acariciándola suavemente.)

Dios pondrá el remedio,  
 pues puso la llaga.  
 ¡Cálmate, hija mía,  
 y ten confianza,

que Dios siempre acude  
si la fe lo llama!

(Se sienta á sus plantas,  
y con voz suave y lenta  
comienza á narrar. Algo  
inefable y dulce, como una  
onda de suave misticismo,  
invade la estancia.)

Una pobre viuda sollozaba  
sobre el humilde lecho  
donde su única hija agonizaba  
por una llaga devorado el pecho;  
mientras fuera el relámpago lucía,  
y el furioso bramido de los vientos  
los débiles cimientos  
de la mísera choza estremecía.  
Así clamaba al cielo la viuda:  
—¡Señor, no me la quites!... Sin la ayuda  
de sus manos tan puras como blancas,  
por sostener mi cruz lucharé en vano...  
¡Mi báculo es, Señor!... Si me lo arrancas,  
¿en dónde apoyo encontrará mi mano?  
Se oyó un débil gemido... Luego, un duro



golpe de viento estremeció la puerta,  
y á la luz del relámpago, en el muro  
su rígido perfil trazó la muerta!...

¡Como á la evocación de algún conjuro,  
sobre el umbral, inmóvil, de repente  
bajo el negro turbión del aguacero,  
apareció la sombra de un romero,  
con un nimbo de luz sobre la frente!  
Y al ver á la mujer que sollozaba,  
—¿Qué tienes?—preguntó... Y su voz era  
tan dulce y musical, que se dijera  
que al aire de infinito perfumaba.  
La pobre madre le explicó su angustia,  
y el lecho le mostró donde yacía,  
bañada en el sudor de la agonía,  
la única flor de sus entrañas, mustia.  
Más que muerta dormida parecía...

El romero avanzó serenamente.  
Después, dobló la luminosa frente,  
y le dijo á la anciana: —¡No está muerta!...  
y á la yacente murmuró: —¡Despierta!...  
Y entreabriendo las sábanas del lecho,

con sus divinas manos milagrosas  
ungió las rojas llagas de su pecho...  
¡y la doncella despertó entre rosas!

(Pequeña pausa. Se vuelve á la hija que, estremecida ha escuchado el relato como si un presentimiento divino hinchase su pecho y agitase todos sus miembros ávidos del milagro.)

¡Era El!... ¡El Señor!... Tu pena olvida...  
Sus plantas hacen florecer los yermos...  
¿Quién devuelve los muertos á la vida,  
por qué no ha de curar á los enfermos?

YOLANDA

(En un arranque de esperanza.)

¡Si él viniese de nuevo!... ¡Si asomara  
su divina silueta á esos umbrales,  
y mi cuerpo sanara  
con sus llagadas manos celestiales!...

(Silencio corto. La sombra de algún viajero tiem-

bla á lo largo del camino,  
obscureciendo un instante,  
como al paso de una nube,  
el umbral de la casa.  
Se oye un lejano y dulce clamoreo de campanas.  
El crepúsculo se torna más suave  
y una sombra de paz parece descender sobre la tierra,  
como si un ángel la cubriese suavemente  
con sus alas diáfanas de armiño.  
Yolanda levanta la cabeza y se santigua.)

La campana resuena...

Es la hora en que el Ángel tiende el vuelo,  
¡qué en sus manos, cual mística azucena,  
nuestra pura oración, ascienda al cielo!

(Contemplando el paisaje, con una sonrisa de beatitud.)

Todo el campo está orando. Los rosales  
son incensarios que la brisa orea;  
los árboles apenas cabecean,  
y el humo de los últimos casaes  
parece una oración que al cielo sube...



¡Todo reposa y ora  
 en la paz inefable de la hora  
 bajo las blancas alas del querube!  
 El pastor, olvidando su ganado  
 que hacia el redil retorna, la cabeza  
 descubre con fervor, y arrodillado  
 en la alta cima de los montes, reza...

(Tendiendo los brazos  
 al cielo, en una súplica fer-  
 vorosa.)

¡Oh, mi Señor! ¡Si de mi mal sanara,  
 en la cumbre más alta de aquel monte,  
 para darte las gracias me postrara,  
 hasta que el sol de nuevo clareara  
 en el cristal azul del horizonte!...

(A la madre.)

¡Recemos al Señor!

(Ginebra se arrodilla á  
 los pies de la hija y ésta  
 coloca las manos sobre la  
 cabeza materna. Pequeña  
 pausa de silencio.)

GINEBRA

(Orando con los brazos  
 tendidos al cielo, en una  
 imploración dolorosa. Su  
 actitud, recuerda la angus-  
 tia de todas las madres en  
 la hora trágica del Calva-  
 rio.)

¡Señor,  
 por la amargura y el dolor  
 que padeciste siendo hombre;  
 por tu Pasión, por la virtud  
 tres veces santa de tu nombre...  
 ¡vuelve á mi hija la salud!

YOLANDA

(Orando también. En su  
 rostro transfigurado por la  
 violencia del ruego, y en la  
 voz que parece que brota  
 de lo más íntimo y profun-  
 do del alma, hay algo de  
 revelación próxima á cum-  
 plirse, de augurio de felici-  
 dad cercana.)

¡Señor! ¡Señor, por los cordeles  
 que á la columna te amarraron;

por las escarpías que crueles  
sobre el madero te clavaron;  
por el silencio de la fosa  
y por la paz del ataúd,  
¡con tu alba mano milagrosa  
vuelve á mi cuerpo la salud!

GINEBRA

¡Por aquel llanto de María,  
cuando en la cruz te vió expirar...  
Donde una lágrima caía  
sobre la tierra se veía  
un lirio cárdeno brotar!

YOLANDA

¡Para sanarme, Señor, ven!...  
¡Obra el milagro!

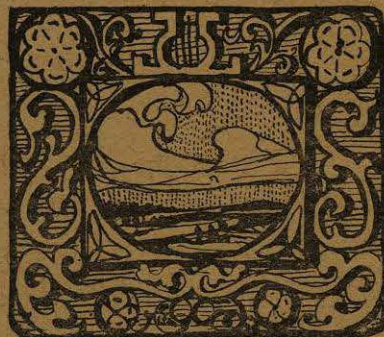
GINEBRA

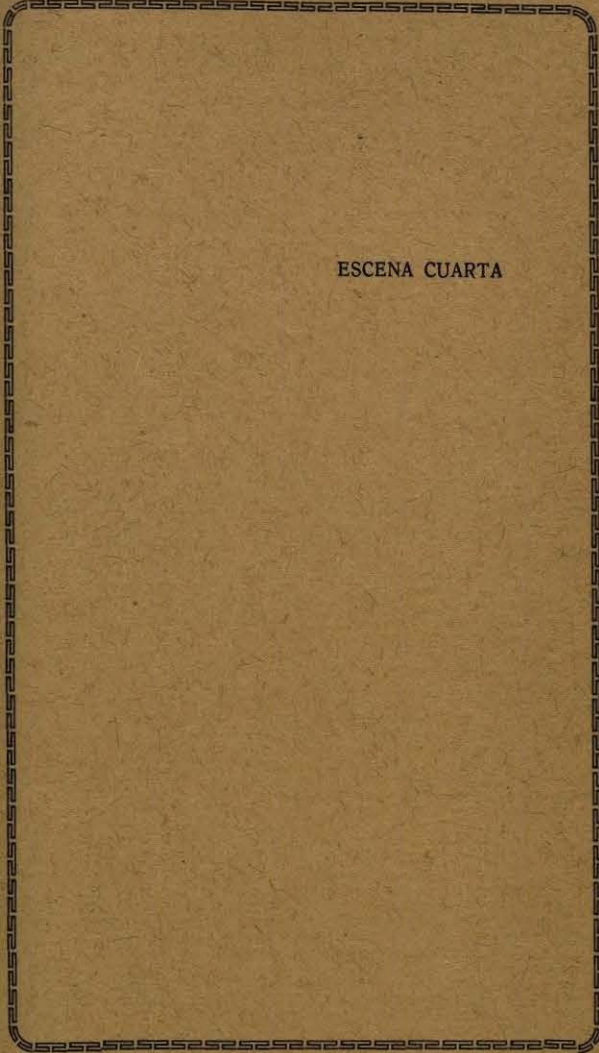
¡Amén!

YOLANDA

¡Amén!

(Ambas se persignan y dejan de rezar. Momentos de silencio, en los que sólo se oyen el palpitar de sus corazones. Una ansiedad terrible estremece el cuerpo de Yolanda, como si fuera á desprenderse de alguna cadena invisible que le aprisionara á la inmovilidad de su asiento. Se oye el galope de un caballo que parece detenerse á la puerta de la casa.)





ESCENA CUARTA



DICHOS y EL CAMINANTE

YOLANDA

(Escuchando ávidamente.  
Toda el alma parece re-  
concentrada en sus oídos.)

Madre, ¿no has oído?

GINEBRA

(Dirigiéndose hacia la  
puerta.)

Veré lo que pasa...  
Junto á nuestra puerta parose un corcel...

(Observando desde el umbral. Yolanda se estremece. Una inquietud profunda la agita hasta la raíz de los cabellos.)

Se apea un gallardo mancebo...

EL CAMINANTE

(Desde fuera. Su voz tiene la plena armonía de la juventud.)

¡Ah, de casa!...

GINEBRA

(Inclinándose para que pase, deslumbrada por la aparición juvenil, como si su propia juventud resucitase milagrosamente ante sus ojos.)

Entrad, caballero...

YOLANDA

(Profundamente agitada, con los ojos fijos en la puerta.)

(¡Oh, si fuera El!...

(Mirando atentamente al que entra.)

Su manto es de púrpura, de plata es su sayo!

¿Será El?...

(Palidece de emoción. Se la siente agitarse en su asiento. El Caminante penetra y con él parece que invaden la casa todas las alegrías de la vida, y todos los hechizos de la juventud.)

EL CAMINANTE

(Desde el umbral queriéndolo devorar todo con los ojos.)

Decidme, ¿me podríais dar  
forrajes y agua para mi caballo  
y para mi un lecho donde reposar?

(Penetra, pero se queda cerca de la puerta. Yolanda le mira anhelante. Su mirada es tan voraz que parece que sus ojos van a rasgarse.)

GINEBRA

(Fijándose en el vestido  
del Caminante.)

Larga, caminante, la jornada ha sido.

EL CAMINANTE

(Con volubilidad.)

Pues la que me queda es mucho mayor...  
¡Mirad, cómo el polvo me cubre el vestido  
y ved mi caballo bañado en sudor!

(Señalando á la puerta.)

GINEBRA

¡Dejad que os despojen mis manos del manto!

(Se lo quita y lo coloca  
en un escabel cerca de la  
puerta, sacudiéndolo an-  
tes. Se dirige después ha-  
cia su hija, y la besa con  
dulzura en los ojos, aca-  
riciándole suavemente las  
mejillas.)

¡Adiós, hija mía!



(Toma una hoz bajo el brazo y se dispone á partir, encaminándose hacia la puerta.)

Me voy á segar  
heno en esos prados... Vos, señor, en tanto  
reponed las fuerzas sentado al hogar.

EL CAMINANTE

(Avanzando resueltamente, con paso firme y felino.)

¡Buena mujer, gracias!

(Repara en la paralítica; la contempla con avidez, y se vuelve á la anciana.)

¡Qué linda doncella!

(Sin poder contener su admiración, desbordante de entusiasmo.)

GINEBRA

Señor, es mi hija...

EL CAMINANTE

A Dios alabad,  
porque os dió su mano criatura tan bella.

YOLANDA

(Estática. Su rostro se  
transfigura, y su voz tiene  
cálidas suavidades de ter-  
ciopelo.)

(¡Vierte miel y mirra su voz al hablar!)

EL CAMINANTE

(Reparando en la acti-  
tud de Yolanda.)

¿Por qué dolorida dobló la cabeza?

GINEBRA

(En voz baja, temerosa  
de que la oiga la hija).

¡Está enferma... De ella tened compasión!

EL CAMINANTE

(A la madre, detenién-  
dola un instante, en los  
umbrales.)

¿Enferma y tan joven?... ¡Será de belleza!..

YOLANDA

(Rehuyendo las miradas  
de El Caminante.)

(¡Siento sus miradas en mi corazón!)

(Ginebra sale por el arco  
de la derecha, con la hoz  
bajo el brazo. El cuerpo de  
Yolanda tiembla bajo los  
ojos de El Caminante: tal  
una paloma bajo la fasci-  
nación de una serpiente.  
La tarde palidece en un  
suave matiz de oro flúido.  
Hay como un perfume nue-  
vo en todas las cosas, co-  
mo el perfume de un mi-  
lagro que va á cumplirse.)

